

# REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 68.

MADRID 7 DE MARZO DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



ISABEL EN LA FUENTE.

## FUEN SANTA.

LA GRANJA.—CONTINUACION.

Luego que Isabel salió del saloncito para preparar el té, no encontró á nadie en la sala de entrada de la granja, porque tanto su madre como sus hermanos y criados se hallaban ocupados con los ganados. Reanimó el fuego, y al ir á tomar agua se encontró que no había. Entonces cojió un cantarillo y se dirigió á la fuente, á pesar de ser ya entrada la noche; pues aun cuando estaba algo separada de la habitacion como hemos dicho, la jóven no adolecia de creencias supersticiosas, y acostumbrada á aquellas soledades nada podia atemorizarla; sin embargo, para abreviar apretó el paso, y llegó á orillas del estanque algo cansada de la carrera. Sentóse y mientras llenaba su cantarillo se entregó á una dulce y melancólica meditacion. Una imaginacion impresionable al verla en aquella postura la hubiera tenido por la jóven Ondina, que presidia á aquella fuente solitaria.

Hacia algunos instantes que permanecia inmóvil, cuando creyó oír ruido de pasos en la ombría vereda inmediata al manantial, mas el ruido cesó luego. Levantóse en el mismo instante una fuerte brisa de mar, que atravesando el valle, agitó los árboles y confundió el ruido de las pisadas con el estremecimiento de las ramas. La noche estaba fria: la jóven sujetó sus cabellos que el viento habia desordenado, y al ir á recoger su cántaro lleno, divisó en el trasparente cristal de las aguas, iluminadas por la luna, la sombra de un hombre dibujándose al lado de la suya, y antes de que se hubiera levantado, una voz bronca, á pesar de la modulacion del que la producía, dijo:

—En qué piensa la jóven que viene á sentarse por la noche en la fuente?

—¡Virgen santa! exclamó Isabel con una expresion de terror: es el Corsario!

Quiso al mismo tiempo salvar la cerca para

escaparse, pero el desconocido la cerró el paso. Era un hombre de elevada estatura, fuerte y vigoroso, vestido con el grosero y desaliñado traje de los marineros dedicados al corso en aquella época, y apoyado en un nudoso baston, de fresno, el cual atravesó en la puerta de la cerca en el momento que Isabel trató de huir. La jóven retrocedió junto á un sauce, bajando la cabeza para no encontrarse con las ardientes miradas del corsario. Luego que este la vió en su poder, un rayo de alegría iluminó sus toscas y curtidas facciones, y recojiendo las últimas palabras de Isabel, replicó:

—Un corsario! y por qué no? No sabes que un corsario puede pasearse con la cabeza erguida y la mano en la cintura, porque tiene mucho dinero en la bolsa y mucho vigor en los puños? Un corsario puede pisar los talones á los mequetrefes de la ciudad, sin que nadie se atreva á preguntar de donde sopla el viento. Me comprendes, jóven? Pero tranquilízate, y en vez de temblar como la vela de un navio en noche de tempestad, dime á quien habias citado á esta fuente.

—A nadie espero: respondió balbuciente la jóven y temblorosa de pavor: he venido únicamente á cojer agua.... Dejadme, por Dios, dejadme partir!

—Bravo! exclamó el corsario clavándola en su puesto por la fascinacion de sus miradas: dejarte partir tranquilamente, y por recompensa antes de cinco minutos tendré á mis espaldas á todo el lugar. No, no te irás: y además, aun no te he dicho cuanto tengo que decirte. Sé franca: ¿esperabas á alguno en este sitio?

—A nadie, á nadie, os lo juro! Dejadme partir: os lo pido de rodillas, y os aseguro que ninguno sabrá por mí vuestra presencia en estos lugares.

—No tratemos de eso, respondió el corsario con una sonrisa á la vez amarga y feroz: quizá sea cierto que á nadie esperábais; pero yo abrigo, sin embargo, sospecha á cerca de dos hombres, y alguno de ellos ejerce bastante influjo sobre tu corazón. El primero es uno de esos

portacharretas acampados en los fuertes, que pasa el dia fumando su pipa y metiendo el cañon en batería, mientras que nosotros como verdaderos valientes andamos al abordage. El otro es un miserable bollero, cuya planta jamas ha pisado otra arena que la de este valle, y á quien tu padre te destina con preferencia, segun he llegado á entender. Habla, pues, jóven de tímido corazón: á cuál de los dos profesas amor?

—No experimento por esos dos hombres otro afecto que el de la amistad, respondió Isabel cuyas mejillas se cubrieron de un traicionero rubor.

—Mientes! Pero qué importa? Dices que no los amas? Pues bien, entonces te hallarás mas dispuesta á ceder á mis deseos. Escucháme: voy á ser franco contigo y mi palabra será el hacha del abordage que corte la cuestion de un solo golpe.

La jóven tembló como una caña ajitada por el viento al borde de una laguna solitaria.

—Escucha y responde! continuó el corsario con una energia siempre en aumento: ¿quieres ser muger del marino?

—Preferiria mas bien caer desde la cima de las rocas al mar! respondió Isabel con tal fuerza de conviccion, que imprimió á la voz una entonacion vibrante y profunda.

—Está bien, respondió el pirata con una calma horrible. Oye hasta el fin. Tendrás en el puerto una habitacion elegante, desde donde podrás contemplar el mar. En cuanto á mí no me es posible abandonar el frágil elemento, los combates, la sangre, el oro!... Pero cambiaré de vida si lo exiges. Tal vez seas ambiciosa á pesar de haberte criado en medio de los campos. Pues bien; huye mañana conmigo, y durante la noche me paso á los ingleses. En recompensa serás la muger de un capitán de navio.

—Vergüenza é infamia! exclamó Isabel fuera de sí.... llegar á ser la esposa de un traidor! sería el colmo de la ignominia!

—Locura, pura locura! replicó el corsario con frialdad, locura imaginaria como una ráfaga

ga de viento del oeste. Qué me importan los nombres inglés ó francés? La mar!... he ahí mi patria: no hay otra para mí! Por otra parte, yo no sé de quien soy hijo, ignoró tambien quien fue la complaciente muger que en un rato de broma tubo la humorada de echarme al mundo.

—Pero tenéis al menos una patria, y esa patria es la Francia!

—Y qué me importa? Para qué me necesita? La patria!... Algunos millones de hombres agitando todos por su interes personal, desde los que se hallan en la altura del palo de mesana, hasta los que se encuentran en el fondo de la bodega.... Pero el tiempo urge: quieres seguirme? en el camino encontraremos caballos.

—Nunca! exclamó Isabel con la mayor indignacion: máteme un rayo si doy un paso voluntariamente para seguirte. Preferiria unir mi existencia con la del último mendigo de este valle, á dividirla con un traidor como tú.

—muchacha mas salvaje que la pavieta, replicó el corsario: cabeza mas obstinada que una corriente invariable!... no digas que soy un sér degradado, porque mi pecho abriga mas orgullo que el de un filósofo ó el de un rey. Te lo repito: soy un hombre sin familia, y levanto la frente ante las cosas que los demas la inclinan. Mi ley es el hacha del abordage; y mi hogar.... tan móvil como los vientos que le arrastran y las olas que le mecen.

Al decir esto, el tostado rostro del pirata se habia animado por efecto de su feroz entusiasmo: sus cóncavos ojos despedían llamas: su frente, espejo en que se reflejaban sus tempestuosas pasiones estaba sombría como el huracan, y sus henchidas narices completaban la expresion de orgullo y aborrecimiento, que semejantes á las llamas de un incendio, derramaban una luz estraña sobre su siniestra fisonomía.

Su acento se hallaba en armonia con sus toscas palabras y su voz ronca se semejaba al ruido del viento de oeste, cuando mueve á su impulso las jarcias de un navio.

Isabel, que en el calor de la discusion y de los sentimientos de indignacion que le producian las palabras del corsario, habia olvidado el peligro, conociendo entonces el riesgo que corría. Sus mejillas se tornaron pálidas como el lirio, á quien los comparaban los galanes del valle, y tembló al reflexionar sobre el carácter del hombre que la tenia en su poder. Pero por prudencia disimuló su miedo, sentándose en el cesped, y finjó escuchar atentamente los discursos del corsario, con la esperanza de que pasára alguien que pudiera socorrerla.

—Mi nombre, continuó el pirata, haciendo como que no notaba la palidez de Isabel, mi nombre, ¿no es conocido en toda la costa? El nombre de Juan Cavarol no hace estremecer á los hombres cual si fueren viejos: ¿Tu padre no ha experimentado una agonía mortal cuando le he dicho: «Entrégame á tu hija por muger, ó las desgracias caerán sobre tu cabeza como una tumba marina? Mi corazon no es de barro fácil de quebrar; y así me acuerdo de haber derramado lágrimas, como de haber mamado la leche de mi madre. Así, creeme Isabel, no te atormentes: toma el viento segun sopla, y despídete de estos valles, que estás viendo quizá por la vez postrera.

—Gracia! dejadme!..... dejadme volver al lado de mi padre, que él os dará en recompensa todo el oro que posea.

—Oro!... La presa de ayer me ha hecho rico. Tú eres, jóven de cabellos rubios y dulces miradas, tú eres lo único que puede colmar mis deseos. Si, quiéreme te digo.

—No quiero!... no puedo!... exclamó derramando un torrente de lágrimas. Dejadme en la casa de mi padre rodeada de los que me aman. Dejadme, os lo suplico! Seré siempre para vos una compañera triste y fastidiosa: no he sido educada en medio de los combates y las tempestades: no podria participar de vuestra alegría al veros cubierto de sangre. Mis lágrimas acibararian nuestros placeres; y pues que vuestro nombre hace temblar á los mas fuertes, compadeceos de una débil muger cuyos tormentos en nada pueden contribuir á vuestra gloria!

—Fueron pronunciadas estas palabras con tan penetrante acento, que el pirata sintió en el fondo de su alma una impresion desconocida. Titubeó y se arrojó á los pies de Isabel; mas sobreponiéndose á su debilidad, la dijo:

—No, Isabel, no!... es necesario que me sigas! Aun cuando todas las vírgenes del valle estuvieran ahí, —de rodillas— á mis pies—tendiéndome sus blancas manos—seria preciso que me obedecieras y me siguieras. Soy un hombre de la mar: un hombre con el corazon de roca y la voluntad de hierro! Si tú experimentarás hácia mí ese amor que te pido, quizá me habria dejado conmovido por tus caricias; pero tu me aborreces—lo sé—con que nada de perdon, nada de súplicas, porque así me han de hacer vacilar, como las olas á las rocas.

—Dios mio! Dios mio!... no hay quien me socorra! exclamó levantando las manos al cielo.

—Truenos y centellas! te burlas de mi paciencia!... ven!... añadió el corsario cojiéndola de un brazo.

La infeliz dió un grito y cerró los ojos. El pirata se levantó, la cojió á la fuerza por la cintura, y apretando aquel delicado cuerpo entre sus nervudos brazos, se disponia á arrastrarla consigo, cuando se oyó una voz en la vereda del bosque que conducia á la fuente.

(Continuará.)

## ROMANCE.

### LACIA Y LA TEMPLANZA.

De entre una capa de nubes

Que al cóncavo azul enluta,

Vertiendo rayos de plata

Desembócase la luna.

Arrastra los nubarrones

El ábrego con tal furia,

Que en pelotones dispersos

De fantásticas figuras

Como apariciones trémulas

El aire medrosos sulcan;

Y piérdese detras de ellos

Con luz apagada y mustia

De las menudas estrellas

La muchedumbre confusa.

Baña su luz la muralla

Y de la gigante cúpula

Brillando los azulejos

Desde abajo se columbran

Interrumpen el silencio

## TEATROS.

### CRUZ.

Funcion extraordinaria para el hoy martes 7 de marzo de 1845, á las siete de la noche. A beneficio de la primera actriz doña Bárbara Lamadrid.

Sinfonia en la ópera Guglielmo Tell, á toda orquesta.

### DE UN APURO OTRO MAYOR.

comedia nueva, original en dos actos y en verso, desempeñada por la Sr. Lamadrid y por los Sres. Caltañazor (D. Vicente), Lopez, Lumbreras, Pizarroso y Azcona.

No pudiendo ejecutarse la inglesa por indisposicion de nna bailarina, se tocará la sinfonia de la ópera Gabriella di Vergi, del maestro don Manuel Ducassi.

### FRONIA.

Trajedia nueva, orijinal, en un acto y en verso, desempeñada por la señora Lamadrid, y por los señores Latorre Lumbreras y Pizarroso.

Intermedio de baile.

### EL PUÑAL DEL GODO.

Drama nuevo, orijinal, en un acto y en verso, desempeñado por los señores Latorre, Lumbreras, Pizarroso y Lopez.

### PRINCIPE.

A las siete de la noche.

1.º Sinfonia.

2.º Se pondrá en escena el muy aplaudido drama, en tres actos, arreglado al teatro español por don Ventura de la Vega, titulado:

### LA SEGUNDA DAMA DUENDE.

PERSONAJES.

Leonor. . . . .  
Catalina. . . . .  
Madre Ursula. . . . .  
Doña Beatriz. . . . .  
Tornera. . . . .  
Una Religiosa. . . . .  
Don Luis. . . . .

ACTORES.

Sras. Diez.  
Ellorente.  
Córdoba.  
Parrá.  
Toral.  
Sierra.  
Sres. Romea (D. J.)

De la noche siempre muda,  
El agorero ladrido  
Del perro, que triste ahulla,  
Y el espantoso mugido  
Del viento, porque su ruta  
Interrumpen las esquinas  
Y en ellas se rasga y zumba.  
—A pasos acelerados  
por una calleja oscura

Dos personas embozadas  
Y ambas en silencio cruzan.  
Llevan sus capas cumplidas,  
Bonetes con blancas plumas,  
Largos hierros Toledanos  
Pendientes de la cintura;  
Y aunque con priesa, caminan  
Con gravedad y mesura,

Mostrándose en sus pisadas  
Igual firmeza que furia.  
Llegados á una plazuela  
Que altos álamos circundan,  
Echan mano á los estoques,  
Y respirando sañuda

Cada cual muerte y venganza,  
Hacen que rápidos erujan  
Chocándose los aceros  
Que broten chispas menudas  
Nadie se alcanza ventaja  
En la comenzada lucha,  
Y entrambos como clavados  
Están en la tierra dura,

En ninguno de los dos  
Se advierte temor ó duda.  
Que vá en cada cuchillada  
Abierta medrosa tumba,  
Tal vez á mudable dama  
Tales ímpetus acusan.  
Tal vez la razon se esconde  
De acalorada disputa,

En alusion venenosa  
Que envuelve sangrienta injuria.  
Dales el enojo esfuerzo  
Ligeros golpes se escudan,  
Si veloces acometen  
A un tiempo veloz segundan.  
Que mas rápidos que el rayo  
Movimiento igual calculan,  
Hienden, destrozán y rasgan  
Y los tajos apresuran.

Pero de entre la arboleda  
Aparece sombra oculta,  
Que de prisa á los que riñen  
Vá con la espada desnuda.  
Y á tal tiempo se interpone  
Entre los que tercios luchan,  
Que un punto á tardar viniere  
Para abrirles sepultura.

Ambos cesan fatigados  
Al medianero saludan,  
Y se disponen de nuevo  
Velando sus cataduras.  
«Men-Gutierrez» dijo el uno  
Y apenas tal voz se escucha,  
«Garcí-Lopez» contestaron  
Los enemigos, y juntas.

Y enlazadas ambas manos  
Van los tres la misma ruta,  
Y los crecidos derechos  
Que habia de cobrar la curia,  
La botica en medicinas  
Y el médico por la cura,  
Gastaron los tres en vino  
Poniéndose como cubas.

A. AUSET.

Conde. . . . .  
Marques. . . . .  
Gil. . . . .  
Caballeros. . . . .  
Romea (D. F.)  
Ferna. (D. M.)  
Perez.  
García.  
Sanchez.

5.º Intermedio de baile nacional.  
4.º Terminará el espectáculo con un divertido sainete.

### CIRCO.

No hay funcion.